



# EL INICIO DE TODO

**Por Marina Yulia Méndez Corbella**

- ¡Vamos a Uganda!

Alguien soltó la frase en broma durante la cena de Navidad en casa de mi tía. Días después, mi madre y yo estábamos en el comedor. Era una mañana muy tranquila. Me senté en el sofá de cuero con mi madre leyendo a mi lado. Las facciones tranquilas y serias de mi madre adoptaron la expresión de quien está pensando algo. Y entonces lo dejó caer: "Estoy pensando en ir a Uganda". Y allí estaba, el tono de voz que pone cuando una idea se le ha instalado en la cabeza y no la va a dejar ir. Cuando llega a una decisión, es como un muro de hormigón. Más te vale apartarte o adaptarte.

Así que opté la decisión más fácil, la de acompañarla. Sabía que no iba a poder quedarme en casa tranquila si iba mi madre sola. Mi padre hacía tiempo que había decidido dejar de viajar, así que lo hacíamos mi madre y yo.

No es un viaje sencillo, turístico, como ir a New York o Berlín. Tengo el privilegio de haber podido viajar, gracias a que a mi madre le gusta. Y, por qué no decirlo, gracias a que disponemos de los medios económicos y la posibilidad.

Pedir hora para vacunarnos, visados, permisos, tomar medicación un tiempo antes y durante el viaje... El caso es que, en un abrir y cerrar de ojos, ahí estaban cuatro mujeres con maletas y la ilusión de un viaje de casi un día entero para reunirnos con mi prima, quien coordinaba a las enfermeras voluntarias del hospital de una pequeña comunidad llamada Fort Portal.

Un avión hasta Dubai, con su correspondiente escala, y luego otro hasta Entebbe, Uganda. En pleno auge del yihadismo, la ruta se alarga, el avión da un rodeo para evitar zonas aéreas controladas por regímenes militares que luchan contra las diferentes facciones yihadistas de las regiones que han tomado en su poder.

Ya en Entebbe, aún quedan siete horas más de viaje en coche hasta Fort Portal, situado al norte de Uganda. Es un viaje en el que la integridad del coche parece verse amenazada en cada bote con la irregularidad del camino. Se hace de noche y podemos empezar a ver cómo se vive en esta parte del mundo. Casas que, con suerte, disponen de una única bombilla, hogueras aquí y allá al borde de la carretera en mal estado. Actualmente, las carreteras son nuevas, ya que China ha construido autopistas y caminos nuevos a cambio de petróleo y agua.

Una vez llegamos, hacemos poco más que saludar y ir a dormir, ya que es plena noche y todos están descansando, Además, llevamos más de 23 horas despiertas.

La arena roja baña el suelo hasta donde llega la vista. Por la noche, si hay agua, será teñida por el mismo color al abandonar tu cuerpo. Incluso, cuando vuelvas a casa, la encontrarás en el suelo, en la maleta y la ropa al lavarla.

Aquí, los problemas del primer mundo parecen poco importantes, patéticos. El *african time* será tu amigo y enemigo. El chofer para ir al parque natural llega tarde, repitiendo esa frase. El chofer que nos vino a buscar al aeropuerto vino acompañado por sus hijos pequeños. Fuimos cinco personas en la parte trasera, apretujados entre hijos y maletas.

Para las mujeres, Uganda supone un choque cultural. Se trata de un país en que la ablación genital sigue siendo legal y frecuente. Sigue siendo practicada a las niñas por sus abuelas y madres, incapaces de romper el círculo vicioso de tortura y muerte. Algunas mujeres mueren durante el procedimiento, por describirlo de una forma amable, o más adelante, cuando tienen hijos. No puedo imaginar que tu propia familia, de quien esperas que te quiera y proteja, sea la que se encargue de eliminar el placer de tu vida, si no te mata antes.

Unas mujeres nos preguntan, atónitas, si nosotras también tenemos la regla. Daban por supuesto que era algo que no ocurría a las mujeres blancas. Mi madre, de 60 años, les resulta admirable por su *vejez*, ya que la esperanza de vida media es en Uganda de apenas 40, algo inimaginable en España, que viene a ser, en comparación, un país de ancianos.

## Los niños y los caramelos

*Complejo de salvador blanco.* Esa es la idea que me vino a la mente mientras nos sentábamos en una especie de manta para no tocar con nuestra ropa el suelo arenoso. No es que sirviera de mucho, la arena se convierte en parte de tu ropa en cuanto cruzas la puerta.

Tratar de contar cuántos niños había allí resultaba una tarea complicada. 10, 20, 30... Iban apareciendo cada vez más, de entre los árboles, tras una especie de cabaña. De camino habíamos visto algunas de las precarias construcciones que erigen para tratar de sobrevivir. Una pieza de un tejado oxidado clavado en el suelo, casas sin puertas ni ventanas, una bombilla iluminando el magro espacio. Algunos disponían de pequeñas placas solares para generar su propia energía, algo francamente irónico si recordamos cómo se privatizaron y gravaron fiscalmente estas opciones en España, convirtiendo su instalación y mantenimiento en muy costosas en comparación con los potenciales beneficios. Impuesto al sol, lo llamaron.



Los niños se sentaban ordenadamente en el suelo, formando unas tres filas. Una mujer anciana se unió a ellos, a la izquierda. Un chico que se encargaba de hacer de traductor se quedó a su derecha. Nos explican que la mujer anciana cuida de los niños, muchos de ellos procedentes de familias numerosas con padres negligentes y alcohólicos.

Cuando les dimos unos caramelos, los partieron para poder conservarlos más tiempo, compartiendo el trozo con sus compañeros de al lado. Pensé en los niños españoles, a los que la abundancia de juguetes no rescata del aburrimiento, y en cómo los de este lugar remoto pueden pasar una tarde entera jugando entusiasmados con un trozo de plátano.

Mientras en Europa solemos ser distantes y formales a menos que haya confianza, en Uganda, los niños corren a abrazarte en cuanto te ven. Los adultos, aunque tímidos, suelen sentir curiosidad por cómo se vive en otros países y te hacen discretas preguntas. Son gente abierta, que comparte todo lo que tienen y hará todo lo que pueda para ayudarte si lo necesitas. Hay excepciones, claro, pero como en todo el mundo.

Eso sí, esperan recibir de ti la misma cordialidad y amabilidad que te ofrecen. Así que pídeles permiso antes de hacerles fotos, dirígete a ellos con respeto y sé amable. Si pides una *boda-boda* (una moto), no dudes entre varios conductores y súbete a la del que te la ofrezca primero. Suelen tener muchos conflictos entre ellos si no lo haces.

---

La comida es muy buena, aunque deberás tener en cuenta las precauciones que te hayan recomendado en tu centro de salud al vacunarte. Por ejemplo, la no es prudente comer verdura cruda y las frutas deben ser cuidadosamente lavadas con agua embotellada. Cuando te laves los dientes, coge un vaso de agua de la misma botella y no bebas del grifo. Parece sencillo, pero olvidar estas pequeñas pautas elementales resulta muy común.

Volviendo a la comida, los ugandeses suelen cocinar sin sal, lo que permite disfrutar del intenso sabor de la verdura. Para desayunar, suelen elaborar su propio té, que es delicioso. Puedes añadirle leche en polvo, miel o azúcar, pero tomado solo ya se puede disfrutar perfectamente.

En la gastronomía local es muy frecuente el uso de especias, traídas por la muy numerosa comunidad india que se ha establecido en Uganda. No suelen comer carne, aunque puedes encontrarla en puntos de venta diseminados a lo largo de las carreteras o en los mercados centrales, muy coloridos por la abundancia de verduras o frutas. Entre estas últimas, bastante abundantes, dada la presencia de vegetación en el país, son muy frecuentes los plátanos, aunque también depende de en qué zona concreta te encuentres.

En Uganda puede comprarse mucha artesanía hecha a mano. Nosotros nos trajimos figuritas de madera, unos cuadros hechos con madera de plátano y puntos de libro confeccionados con cuero y piel y cosidos con dibujos de



animales de la zona. Si tienes tiempo, puedes confeccionar un vestido con sus coloridas ropas o comprar alguno ya hecho.

En resumen, no se trata de un viaje común. Pero los paisajes, la comida y, en especial, la gente, hacen que Uganda resulte un buen destino para ampliar tu perspectiva y abrirte al intercambio cultural. Podría explicar muchas anécdotas más sobre aspectos positivos y negativos del país, así como sobre los problemas que sufren, pero prefiero dejarlo para otra ocasión. Me conformo que este breve resumen os haya despertado la curiosidad por este rincón tan bello de África.